



# Cuerpo y Pulsión

Ortiz, M. A.; Rostagnotto, A.

<sup>1</sup> Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba.

## Palabras claves

Cuerpo  
Pulsión  
Lenguaje



Atribución – No Comercial –  
Compartir Igual (by-nc-sa): No se  
permite un uso comercial de la obra  
original ni de las posibles obras  
derivadas, la distribución de las  
cuales se debe hacer con una licencia  
igual a la que regula la obra original.  
Esta licencia no es una licencia libre.

## Resumen

La problemática del cuerpo se encuentra desde los orígenes del psicoanálisis. A partir de sus estudios sobre la histeria y a medida que avanza en sus investigaciones, Sigmund Freud descubre que, lejos de ser tan solo un organismo anatómico fisiológico, el cuerpo humano está afectado por el vivenciar anímico sexual inconsciente. El concepto de pulsión, que corrige la idea de un instinto humano, le permite articular esta relación al definirla como un concepto límite entre lo psíquico y lo somático. Jaques Lacan, en su retorno a Freud, sitúa a la pulsión como un efecto del lenguaje sobre el organismo viviente. El cuerpo, mortificado por el lenguaje, es algo que el hablante-ser construye a partir de su entrada en el lenguaje, presentificado por la Demanda materna, cuyos significantes agujerean al cuerpo, extrayéndole un objeto, el objeto a, objeto que está perdido desde y para siempre. Esta pérdida intentará ser recuperada mediante el circuito pulsional, que parte de los agujeros del cuerpo. Intento siempre infructuoso, cuyo fracaso obliga a la pulsión sexual a recomenzar su circuito una y otra vez.

## 1. Introducción

El presente trabajo forma parte de la Práctica Supervisada de Investigación -PSI - “Cuerpo pulsional y sexuación” que se enmarca en el Proyecto de Investigación Psicoanálisis y Género: sexualidad y diversidad sexual, dirigido por Mg Alejandro Rostagnotto y financiado por Secyt-UNC (2016- 2017). La PSI tiene por objetivo general describir la relación entre cuerpo pulsional y sexuación en psicoanálisis lacaniano, para ello se hace necesario como primer objetivo específico, examinar y definir la concepción sobre cuerpo pulsional, por lo que este trabajo presenta el estado de avance logrado, siguiendo una pregunta guía que se formula: ¿de qué manera el organismo viviente viene a ser apresado en la dialéctica del sujeto?



## 1.2 El cuerpo en la teoría freudiana

La problemática del cuerpo se encuentra en los orígenes de la teoría y de la práctica psicoanalítica. En 1885, Freud recibió una beca para realizar una especialización en enfermedades nerviosas en el Hospital de La Salpêtrière, en París. Dos años después de su regreso, en 1888, publica un texto titulado “La Histeria”, donde indica que en la histeria el cuerpo se comporta como si la anatomía no existiese. La histeria es descripta, en ese texto, como una anomalía del sistema nervioso, provocada por un excedente de estímulo en el órgano anímico, excedente que torna hipersensibles algunas zonas del cuerpo a las que llama zonas histerógenas. En el apartado acerca del tratamiento, señala que está basado en instilar en el paciente, bajo hipnosis, una orden, una sugestión cuyo contenido es la eliminación de su padecimiento. En mayo del año siguiente, trabajando ya junto a Joseph Breuer, comienza el tratamiento de Emmy Von N, este caso, fue compilado junto a otros en un libro que vio la luz en 1895. En la comunicación preliminar de “Estudios sobre la histeria” (Freud/Breuer, 1895), dan el primer giro en la concepción del padecimiento histérico, definiendo a la causa eficiente de la histeria como un afecto, un trauma psíquico, no ya como una anomalía del sistema nervioso, o como el efecto de un exceso de excitación somática. La hipnosis ya no es utilizada para instilar una orden en el paciente, sino para reconducirlo al momento del accidente que provocó el síndrome. También agregan otro concepto: el de conversión, un concepto que pone al cuerpo nuevamente en escena, pero desde otra perspectiva, en tanto que es el cuerpo donde esa conversión se realiza, ya sea porque ciertas zonas del cuerpo tienen la capacidad de simbolizar el trauma, ya sea porque el trauma tiene la cualidad necesaria para afectar ciertas partes del cuerpo. El cuerpo de quienes padecen de histeria, entonces, va dejando de ser pensado como un organismo anatómico anómalo, con zonas u órganos hipersensibles; para ser pensado como el escenario donde puede simbolizarse un conflicto psíquico. Este conflicto es provocado por representaciones que, para devenir traumáticas, debieron resultar inconciliables para el yo, por lo tanto, es el yo quien inicia una serie de procedimientos destinados a liberarse, no de la representación en sí, sino de su inconciliabilidad, siendo la conversión el procedimiento que garantiza la continuidad de la representación, pero intervando al cuerpo, apartada de las representaciones psíquicas. del yo. Sobre el final del libro Freud enlaza tres ideas fundamentales: conversión, simbolización, y el “a posteriori” (nachtraglich).

Diez años después de la publicación de Estudios sobre la histeria, en 1905, Freud publica sus “Tres ensayos de teoría sexual” (Freud, 1905) Es en este texto que Freud da una



primera definición del concepto de pulsión, definición que mantendrá casi sin modificaciones hasta el final de su teoría, dice allí que la pulsión es una agencia que representa en la psiquis, a una fuente de estímulos intrasomáticos que fluyen de continuo. Así, el concepto pulsión hace su irrupción en la teoría freudiana como un concepto límite entre lo psíquico y lo somático. En este texto, la pulsión sexual es descompuesta en una serie de pulsiones parciales, que parten desde las distintas zonas erógenas del cuerpo, zonas que tienen la cualidad necesaria para convertirse en subrogados de los genitales y cuyas características principales son: que nacen apuntaladas en una función vital, que son en un principio autoeróticas y que aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta, separadas unas de otras.

En un texto posterior, publicado exactamente diez años después, Pulsiones y destinos de pulsión Freud (1915) indica que la pulsión sexual jamás, en ningún caso, puede ser objeto de conciencia. Además, señala claramente que tampoco en lo inconsciente la pulsión puede estar presente per sé. La pulsión solo puede participar de la vivenciar anímico inconsciente por intermedio de una representación, la cual hace las veces de su agencia representante. Freud agrupa las pulsiones en dos clases: las pulsiones de autoconservación o pulsiones yoicas (de las cuales dice muy poco), y las pulsiones sexuales (las únicas de las cuales el psicoanálisis ha podido tomar nota de una manera más o menos satisfactoria). Freud se encarga de diferenciar claramente a la pulsión de un estímulo externo, puesto que el estímulo externo actúa como fuerza de choque, es decir, de un solo golpe, y puede ser despachado mediante una acción adecuada, mientras que la pulsión es una fuerza intrasomática constante cuya satisfacción plena es imposible, debido a que existen fuerzas contrarrestantes que impiden su prosecución directa. En ese texto de 1915, Freud descompone a la pulsión sexual en cuatro elementos y, a su vez, sostiene que debido al efecto de esas fuerzas contrarrestantes que impiden el desarrollo pleno de la pulsión, esta puede tener cuatro destinos o cuatro variedades de defensa. Por un lado, Las cuatro partes de la pulsión sexual son: la fuerza, el esfuerzo, el factor motor (Drang); la fuente (Quelle), o sea, el proceso somático al interior de un órgano o de una zona del cuerpo, en el cual se origina la pulsión parcial; la meta (Ziel), que no es otra cosa que el intento de satisfacción, o sea, el intento -siempre parcialmente fallido- de lograr el placer del órgano que cancele a la fuerza; y el objeto (Objekt): aquello del cuerpo propio o del mundo exterior, en el que -o por lo cual- la meta intenta ser alcanzada. Por otro lado, los cuatro destinos que puede tener la pulsión son: la sublimación, la represión, la vuelta hacia lo contrario; y la vuelta hacia la persona propia. Para ejemplificar estos dos últimos



destinos utiliza el par de opuesto sadismo/masochismo y pulsión de ver/exhibirse. En la vuelta hacia lo contrario, lo que se invierte es la meta de la pulsión, por ejemplo, en el sadismo la meta de la pulsión es activa puesto que el objeto a martirizar es el cuerpo del otro, mientras que en el masochismo la meta se muda de activa a pasiva puesto que el objeto a martirizar pasa a ser el cuerpo propio. En el caso de la vuelta sobre el cuerpo propio, lo que se muda es el objeto, en el voyeurismo, carácter activo de la pulsión de ver, el objeto es el cuerpo del otro, mientras que, en el exhibicionismo, carácter pasivo, el objeto se muda al cuerpo propio. Ahora bien, el análisis detenido de estos dos casos le revela a Freud un dato: en realidad el primer objeto a ser mirado es el cuerpo propio, así como la primera actividad del niño apunta a apoderarse, a dominar sus propios miembros, es decir que, siendo las pulsiones parciales sexuales originariamente autoeróticas, todas las mudanzas posteriores de pasivas a activas, subsisten unas junto a otras. A este hecho es definido con el nombre de ambivalencia.

De los cuatro posibles destinos de la pulsión, la represión es, quizá, el destino sobre el que más se extiende Freud, quien le dedica un artículo completo publicado ese mismo año. Lo primero que allí señala es que, para que una moción pulsional sea sometida a la represión, debe tratarse de una moción cuya su satisfacción sería sin duda placentera, pero inconciliable con los designios del yo. “Por lo tanto, produciría placer en un lugar y displacer en otro” (Freud, 1915, p.142). Deduce a partir de este hecho que una moción pulsional puede tener como destino la represión, sólo después que se haya establecido una separación entre la actividad consciente y la actividad inconsciente. Antes de que esta separación se establezca, los únicos destinos posibles de la pulsión son: o bien la vuelta sobre la persona propia, o bien la vuelta en lo contrario. Esta separación se produce cuando por primera vez se le deniega la entrada en la conciencia a una agencia representante-representación de la pulsión, hecho que inaugura el vivenciar anímico inconsciente y que Freud llama represión primaria. Esta agencia representante-representación de la pulsión que es reprimida originariamente, no muere ni se desvanece. Por el contrario, continúa formando retoños en lo inconsciente, invistiendo a otras representaciones a las cuales ha atraído hacia sí, con el afán de poder burlar la censura y retornar a la conciencia. La represión secundaria o represión propiamente dicha, entonces, es un intento de dar caza a cada uno de estos retoños, impidiéndoles el paso a la conciencia, trabajando sobre cada uno ellos en forma individual. A su vez, Freud hace una distinción muy importante entre la agencia representante-representación de la pulsión y el monto de afecto concomitante con que esta representación está investida. La represión



no opera de la misma manera con cada una de estas dos partes. Por un lado, la representación es desalojada de la conciencia, o, en caso de que no haya accedido a la conciencia aún, se le deniega su entrada a ella, mientras que, por otro lado, el monto de afecto concomitante se desprende de esta representación, pero nunca es cancelado totalmente: apenas si es desplazado y pasa a investir otras representaciones que devienen formaciones sustitutivas. Estas formaciones sustitutivas, desfiguradas por los mecanismos de condensación y desplazamiento (que Freud llama proceso primario), pugnan por ingresar o por retornar al vivenciar anímico consiente. Las formas de esos intentos de retorno de lo reprimido, son aquellas que Freud define como formaciones del inconsciente: síntomas, lapsus, sueños, chistes, actos fallidos, etc.

Por último, el destino de la pulsión definido como sublimación es el menos desarrollado por Freud. Lo sitúa a partir del período de la sexualidad infantil llamado período de latencia, aquél donde se edifican las formaciones reactivas, inhibiciones y diques que ponen un freno a las mociones de la pulsión sexual, es decir: la vergüenza, el asco, la estética y la moral. Bajo esta forma de defensa, la libido es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines no sexuales y socialmente valorados. En la sublimación, tanto la meta como el objeto de la pulsión se desvían, paradójicamente, fuera del campo de lo sexual. Sobre el final de este texto Freud sostiene que los destinos de pulsión consisten, en lo esencial, en que las mociones pulsionales son sometidas a las influencias de las tres polaridades que gobiernan la vida anímica. Esas tres polaridades son: la polaridad yo (sujeto) / no yo o afuera del yo (objeto), que comanda la vuelta de la pulsión sobre la persona propia, la polaridad activo/pasivo; que comanda la vuelta sobre lo contrario y la polaridad placer/displacer.

En 1920 Freud da un giro a su metapsicología. A partir de la separación, del desdoblamiento, del principio del placer y del principio de Nirvana, dos principios que hasta ese momento estaban apareados en su teoría, Freud abre un campo nuevo, un campo que está más allá del principio del placer. A partir de este giro, la dimensión tópica del aparato anímico queda dividida en un Ello, un Yo y un Superyó, al mismo tiempo que propone un segundo dualismo pulsional: las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. Bajo la égida de este segundo dualismo pulsional, las pulsiones de vida (las pulsiones de autoconservación y las pulsiones sexuales) trabajan al servicio del principio del placer y son la manifestación de una libido plástica y desplazable, es decir que las pulsiones parciales tienen la capacidad de comunicarse entre sí, de desplazar su intensidad de una zona erógena a otra, de reforzar una pulsión parcial que provenga de otra fuente, de



prestar su intensidad para sofocar otra pulsión parcial, o bien de sustituir la satisfacción de una pulsión parcial por la satisfacción de otra. Por el contrario, la pulsión de muerte, definida como el intento de toda la materia orgánica de volver a un estado anterior, a su estado inorgánico, funciona en un registro que está más allá del principio del placer. La pulsión de muerte, muda y fija, deriva del principio de Nirvana, y solo puede percibirse cuando está mezclada con las pulsiones de vida, o cuando es expulsada hacia afuera como agresión mediante la musculatura del cuerpo. Puede verse, entonces, que aún bajo la perspectiva del segundo dualismo pulsional, tanto las pulsiones de vida como la pulsión de muerte siguen siendo para Freud un asunto del cuerpo.

### 1.3 El cuerpo en el psicoanálisis lacaniano

Jacques Lacan retoma los desarrollos freudianos sobre el cuerpo pulsional. Para Lacan las pulsiones no son un asunto inherente al cuerpo del ser viviente, sino que son un asunto inherente al cuerpo del ser hablante. El humano se diferencia del resto de los animales, puesto que es un ser atravesado por el lenguaje. En el Seminario Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Lacan (1964), hace su propia lectura del texto freudiano “Pulsiones y destinos de pulsión”. Comienza situando la condición de posibilidad de la pulsión en el campo del Ich, del Real-Ich freudiano, es decir, retomando la relación paradójica del yo con el principio de placer. Recuerda que, en un primer tiempo lógico, la cualidad del Real-Ich es la de ser autoerótico. Es a partir del autoerotismo, entonces, que pueden surgir y que pueden repartirse los objetos, debido a que el autoerotismo tiene ya la capacidad de tomar para sí los objetos placenteros y rechazar los objetos displacenteros. Solo de esta manera, aquello que pertenecía al campo de la necesidad, puede sexualizarse. La actividad autoerótica es la condición de posibilidad de la actividad pulsional, pero ambas actividades no son idénticas, ni se superponen. La actividad autoerótica se diferencia de la actividad pulsional en el hecho de que esta última apunta hacia un objeto, va a buscar en el mundo exterior, en el campo del Otro, un objeto, lo que Lacan llama objeto a, con el cual conceptualiza la pérdida que sufre el organismo viviente por tener que entrar en la dialéctica del lenguaje. Es por ello que ese objeto, el objeto a, está irremediablemente perdido desde y para siempre. La pulsión solo podrá bordearlo, solo podrá contornearlo, darle la vuelta, para luego continuar su circuito retornando sobre sí. La pulsión no es, para Lacan, solamente un empuje en cuyas vicisitudes participarían determinados elementos. Todos los elementos de la pulsión participan en igual medida de un montaje al que, de entrada, Lacan le niega un carácter utilitario, por el contrario, lo describe como un montaje más afín a los montajes de los cuadros surrealistas. Al empuje,



al drang, lo define como una fuerza constante, una konstantekraft, diferenciándola claramente de aquellas variaciones que son de orden anátomo-fisiológicas, puesto que estas variaciones anátomo/fisiológicas implican la totalidad del organismo vivo y su fuerza está siempre sujeta a un ritmo. La fuerza constante de la pulsión no es medible, no es cuantificable, sino que corresponde a la medida de una abertura. Esa abertura, no es otra que la Quelle, la fuente. Las zonas erógenas, la fuente de la pulsión, son los agujeros del cuerpo, más específicamente los bordes de los agujeros del cuerpo. Esto no significa que el placer sólo esté localizado en las zonas erógenas, sino que es desde las zonas erógenas desde donde parte el circuito de la pulsión, a cuya tensión Lacan define como un lazo, un lazo que apunta hacia un Objekt, un objeto que está siempre en el campo del Otro. Este objeto es el elemento más indiferenciado del montaje pulsional, no existe ningún objeto que pueda en verdad satisfacer la necesidad de la pulsión. Aquí aparece otra vez la cuestión, siempre paradójica, de la satisfacción pulsional. El circuito de la pulsión regresa, se cierra sobre la misma zona erógena de la que partió en busca de un objeto. La meta de la pulsión, el Ziel, no es satisfacerse con ese objeto, por el contrario, la pulsión solo puede encontrar su satisfacción en la tensión misma del lazo, en el regreso, en la repetición del circuito. De tal manera que la pulsión es acéfala, sería un error decir que las pulsiones son del sujeto. Solo cuando la pulsión logra cerrar su circuito, luego de haber contorneado a ese objeto ubicado en el campo del Otro, luego de haber hecho aparecer al Otro, es que puede emerger, a su vez, el sujeto. Para ilustrarlo, Lacan ubica la función del objeto y del sujeto en el circuito del par voyeurismo / exhibicionismo. En el momento del acto del voyeur, el sujeto no se encuentra allí en tanto se trata de ver, a nivel de la pulsión escópica: el sujeto se sitúa al final del lazo, un lazo que es proyectil, que gira alrededor del objeto. Aquí, el objeto no es otra cosa que la mirada, en tanto que es el Otro quien sorprende al sujeto, lo sorprende a todo él como mirada escondida. La pulsión solo se completa en tanto que involucra al otro, el otro es quien está en la mira, hacia donde apunta el lazo. Por lo tanto, para Lacan la pulsión es siempre activa, porque sólo puede completarse en su forma invertida, en su circuito, en su forma de retorno. En tanto que la pulsión es un intento siempre vano de engarzar al Otro, el sujeto, emergiendo al final del circuito, caerá en la cuenta que hay un goce, un goce que está más allá del principio del placer. Con respecto a los destinos de la pulsión, Lacan sostiene que Freud nos presenta la pulsión utilizando los recursos de la lengua y apoyándose en las voces activa, pasiva y media. Pero una cosa es la reversión significativa, dice, y otra muy distinta es aquello que esta reversión recubre. Para Lacan, lo fundamental de cada pulsión



es el vaivén con que se estructura, ese apuntar al Otro, esa imposibilidad de dar de lleno en el objeto y el tener que regresar a la zona erógena de la cual partió.

En su libro *El en-cuerpo del sujeto* Soler (2013), hace un recorrido por algunos de los textos y seminarios de Lacan donde la teoría freudiana de la pulsión se fue enriqueciendo al compás de los avances de la teoría lacaniana. Por ejemplo, en el Seminario 20 *Aún*, Lacan (1973) sostiene que el sujeto habla con su cuerpo, en el sentido de que el Ser del sujeto, la falta en ser, solo puede hablar mediante el cuerpo pulsional. Ya en el escrito *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo* (Lacan, 1966) había afirmado que el sujeto del inconsciente está indeterminado, que no puede ser designado como sujeto de un enunciado puesto que no sabe ni siquiera que habla, y por lo tanto, es solo la pulsión la que permite darle una ubicación orgánica, oral, anal, etc., puesto que solo la pulsión satisface la exigencia de estar tanto más lejos del hablar, cuanto más habla. El sujeto del inconsciente, entonces, es hablado por los significantes de la pulsión. Dicho de otro modo, el sujeto del inconsciente está representado por la cadena significativa inconsciente reprimida. Colette Soler indica que la diacronía de esta cadena es la historia de la oferta de los significantes con los que la demanda del Otro se ha ido presentificando. Es por esto que Lacan escribe el código, el matema de la pulsión como la relación del sujeto con la Demanda. Lacan escribe el matema de la pulsión en el grafo del deseo, varios años después, en su texto *Radiofonía* (Lacan, 1971), Lacan retoma esta cuestión señalando que el ser que habla des-vitaliza su cuerpo. Se trata de la capacidad del cuerpo de incorporar él mismo al lenguaje, la capacidad de incorporar el Uno del significante, el rasgo unario. Estos significantes, estos significantes amo, llegan vía la Demanda del Otro, agujereando al cuerpo, extrayéndole su goce, desertificándolo. Ahora bien, el matema de la pulsión remite a las huellas que deja la demanda sobre el cuerpo, en tanto estas huellas son un corte en las zonas erógenas del cuerpo, a las cuales desprende de su función orgánica. Este matema da cuenta del origen de la pulsión, en tanto efecto del lenguaje sobre el organismo viviente del cachorro humano, da cuenta de su estructura, sí, pero no remite a su actividad: nada nos dice de la actividad pulsional, en la cual ese cuerpo desertificado de goce va al campo del Otro en busca del objeto perdido. En la actividad pulsional, sostiene Lacan, tanto la Demanda como el sujeto, se desvanecen. En el Seminario *El Sinthome*, Lacan afirma que “las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho de que haya un decir” (Lacan citado en Soler, 2013, p. 56). Años atrás, en el escrito *El Atolondradicho* (Lacan, 1972) había señalado la diferencia entre el decir, y el dicho, entre la enunciación y el enunciado, indicando que hay solo dos decires: el decir de la Demanda, y el decir de la



interpretación. Mediante la actividad pulsional, entonces, el sujeto devuelve un eco, entendiendo por eco la devolución de un sonido original pero con resonancias propias. En la actividad pulsional, a partir de los huecos del cuerpo, resuena un eco, y ese eco remite al decir de esos significantes con los que la Demanda ha extraído el goce del cuerpo, lo ha desertificado.

## 2. Metodología

Revisión exploratoria.

## 3. Discusión

Tal como se ha señalado, en 1915 Freud sostiene que las fuerzas contrarrestantes que impiden la prosecución de la pulsión hacia su satisfacción, emanan de las tres polaridades que gobiernan la vida anímica: la polaridad yo (sujeto) / no yo o afuera del yo (objeto), que comanda la vuelta de la pulsión sobre la persona propia, la polaridad activo/pasivo; que comanda la vuelta sobre lo contrario y la polaridad placer/displacer, que se articula a la posibilidad, siempre paradójica de que la pulsión se satisfaga. Pero las relaciones entre estas tres polaridades le resultan a Freud sumamente problemáticas. Un año antes, en “Introducción del narcisismo” (Freud, 1914) había planteado que, bajo el imperio del principio de placer, el yo (cuyas mociones pulsionales no solo atañen a la autoconservación sino que también son de naturaleza libidinosa), introyecta aquellos objetos que vienen del exterior y que lo satisfacen y expulsa aquellos que le provocan displacer. Sin embargo, suponer una relación directa del yo con el placer y del no-yo con el displacer resulta problemático y produce una paradoja: si el yo emerge a partir de sensaciones placenteras, y la meta de la pulsión es intentar la satisfacción de órgano, ¿cómo se explica, entonces, que sea desde el yo desde donde parte la censura que impide a las pulsiones parciales sexuales continuar su prosecución, y que le impone alguno de los cuatro destinos diferentes a su satisfacción directa? Esta paradoja no podía resolverse en tanto se hacía derivar el principio del placer, (la tendencia constante del aparato anímico de evitar el displacer y procurarse placer), directamente, sin distingos, del principio de Nirvana, aquel que sostiene que el aparato anímico tiende a mantener la menor intensidad de excitación dentro suyo, o al menos, a mantenerla constante. Debieron pasar algunos años para que Freud pueda diferenciar estos dos principios. Leemos en el texto El problema económico del masoquismo (Freud, 1924):



Identificamos apresuradamente el principio de placer/displacer con este principio de Nirvana. De ser idénticos, todo displacer debería coincidir con una elevación -y todo placer con una disminución- de la tensión de estímulo presente en lo anímico (...) es indudable que existen tensiones placenteras y distensiones displacenteras (Freud, 1924 p166).

Estas dos rectificaciones de la teoría freudiana: por un lado la comprensión de que el yo no solo está concernido por pulsiones de autoconservación, sino también por pulsiones sexuales; y por el otro el desdoblamiento, la separación del principio del placer y el principio de Nirvana, se suman a un fenómeno que amenaza con destruir todo su edificio teórico: la compulsión a la repetición, y se convierten en los resortes sobre los cuales pivoteó lo que se dio en llamar el giro del año veinte, giro a través del cual Freud corrige y amplía su metapsicología. Con la introducción de la noción de pulsiones de vida y de pulsión de muerte, Freud retoma la relación dialéctica entre eros y thanatos. Colette Soler señala que para Lacan, la pulsión de vida y la pulsión de muerte están presentes en cada una de las pulsiones parciales, tanto la pulsión oral, como la pulsión anal, la escópica y la invocante, son pulsión de vida cuando el circuito pulsional se inicia, cuando el lazo parte hacia el objeto: y son pulsión de muerte cuando, luego de haber bordeado, contorneado al objeto, retornan sobre la zona erógena de la cual partió: "por un lado el Eros que va al Otro, y por el otro el Tánatos, que deja al Otro y que vuelve al sujeto" (Soler, 2013, p. 90).

#### 4. Conclusiones

Retomando la pregunta guía que fue formulada al comienzo de este trabajo ¿de qué manera el organismo viviente viene a ser apresado en la dialéctica del sujeto? y en pos de examinar y definir la concepción sobre cuerpo pulsional desde la perspectiva del psicoanálisis lacaniano puede decirse que, para Lacan, las pulsiones no son un efecto del instinto, sino que son el efecto del lenguaje sobre el organismo biológico, sobre el organismo viviente. La entrada en el lenguaje es la causa de que el organismo viviente del cachorro humano se transforme en un cuerpo, un cuerpo pulsional. El lenguaje agujerea al cuerpo, lo mortifica, le extrae un objeto al que Lacan llama objeto a, un objeto cuyo estatuto es el de estar perdido desde y para siempre. La pérdida que conlleva la extracción de ese objeto se traduce en una pérdida de goce, en una extracción de goce que desertifica de goce al cuerpo. En otras palabras: "somos una corporeidad en falta, tanto del ser como del gozar (...) no hay plenitud o reencuentro con el ser perdido para siempre,



no hay plenitud ontológica; pero sí hay cuerpo, un cuerpo que se hace asumir por el ser, ser que no hay” (Rostagnotto y Yesuron, 2016, p.669)

Este cuerpo es una fabricación, se construye, ya no es el soporte natural de la vida, porque el cuerpo, atravesado por el lenguaje, está desnaturalizado, está mortificado. Por un lado, el hecho de que el cuerpo mismo sea un significante, le confiere la cualidad principal de todo significante, es decir, la perennidad, pero al mismo tiempo, en el mismo movimiento, el significante mortifica al cuerpo. Encarnando los significante con los que la Demanda lo ha agujereado, lo ha desertificado, el cuerpo hace eco del decir de esos significantes. Una y otra vez se iniciará el circuito pulsional, a partir de las zonas erógenas, a partir de los bordes de sus agujeros, como un modo de ir a buscar ese objeto perdido al campo del Otro. Intento siempre infructuoso ya que a ese objeto está perdido desde y para siempre por efecto del lenguaje, de tal forma que la pulsión solo podrá contornearlo, retornando nuevamente al cuerpo, a la zona erógena de donde partió, debiendo recomenzar su recorrido.

## Referencias

- Freud, S. (1888). La Histeria. Tomo I. Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1895) Estudios sobre la histeria. Tomo II. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1905) Tres ensayos de teoría sexual. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914) Introducción del narcisimo. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915) Pulsiones y destinos de pulsión. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920) Más allá del principio del placer. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923) Más allá del principio del placer. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.



Freud, S. (1924) El problema económico del masoquismo. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Lacan, J. (1964) El Seminario, Libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis". Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1966) Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano, Escritos II. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2012) Radiofonía, Otros escritos. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2012) El atolondradicho. Otros escritos. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1973) El Seminario, Libro XX, Aún. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1976) El Seminario, Libro XXIII, El sinthome. Buenos Aires: Paidós.

Rostagnotto, A y Yesurón, M. (2016) Dilemas sobre la diferencia sexual. VIII Congreso internacional de investigación y práctica profesional en psicología. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Bs As. Acta Académica. Recuperado de [www.aacademica.org/000-044/833](http://www.aacademica.org/000-044/833)

Soler, C. (2013) El en-cuerpo del sujeto. Bogotá: GG Ediciones.